

tropas, no se compran caballos, y menos para la artillería. Su ejército de ustedes llega casi á cuatrocientos mil hombres; sus milicias forman una fuerza casi igual. Si yo les imitase á ustedes debería aumentar cuatrocientos mil hombres á mi fuerza efectiva, y haría un armamento disparatado; pero no necesito tanta gente, bastan menos de doscientos mil reclutas para mantener en un pie formidable mi grande ejército y para poder enviar á España cien mil veteranos. No seguiré, pues, el ejemplo que me dan ustedes, porque tendría que armar en breve á las mujeres y á los niños y volveríamos al estado de barbarie. Pero entretanto su hacienda de ustedes se arruina, su cambio, ya tan bajo, va á bajar aún más, y su comercio va á quedar interrumpido. ¿Y para qué todo esto? ¿He pedido yo á ustedes algo? ¿He mostrado por ventura pretensiones á alguna de sus provincias? El tratado de Presburgo arregló ya todas las diferencias entre los dos imperios; la palabra de su soberano de usted en la entrevista que tuvimos, debe haber puesto término á todas nuestras contestaciones. Sólo faltaba en verdad tomar algunas disposiciones con motivo de la plaza de Braunau que quedó en nuestro poder, sobre el Isonzo, cuyo *thalweg* no estaba suficientemente determinado, y ya el convenio de Fontainebleau lo ha hecho (convenio del 10 de octubre de 1807). Nada pido á ustedes, nada quiero sino relaciones seguras y pacíficas. ¿Queda por ventura una sola dificultad entre nosotros? Si así es, dígame al punto para ventilarla inmediatamente.»

Habiendo nuevamente asegurado Mr. de Metternich que su gobierno no pensaba siquiera en hostilizar á la Francia, y alegado en prueba de ello el no haber mandado el menor movimiento de tropas, le replicó Napoleón al punto, con la misma dulzura, pero también con la misma firmeza, que estaba equivocado, que ya se habían verificado concentraciones de tropas en la Galitzia y en Bohemia, haciendo frente á los acuartelamientos franceses de la Silesia; que estos agrupamientos eran incontestables; que su consecuencia inmediata sería oponer á ellos otros agrupamientos no menos considerables; que en vez de acabar de demoler las plazas de la Silesia iba á restaurar, armar y abastecer algunas, á alistar los cupos pertenecientes á la Confederación del Rhin y á volverlo á poner todo en pie de guerra. «No será fácil sorprenderme, bien lo sabe usted, dijo á Metternich; yo estaré siempre precavido; ustedes cuentan tal vez con el emperador de Rusia y se equivocan. Estoy seguro de su adhesión, de la desaprobación formal que ha manifestado con motivo de los armamentos de ustedes, y de sus resoluciones en estas circunstancias. Si yo abrigase dudas, inmediatamente haría á ustedes y á él la guerra, porque no querría dejar inciertos los negocios del continente. Si me limito á meras precauciones es porque tengo plena confianza en cuanto al continente, y no menos plena en el emperador de Rusia. No crean ustedes, pues, que la ocasión es propicia para atacar á la Francia; sería un error muy grave. Bien creo que ni usted ni su emperador ni los hombres ilustrados de su país quieren la guerra; pero sé que los recores de la nobleza alemana, descontenta de los cambios ocurridos, llenan la Alemania toda. Ustedes ceden á sus impresiones, comunican las suyas á las masas impulsándolas hacia las armas, y de unos en otros armamentos llegan ustedes á una situación extraordinaria que no puede

sostenerse mucho tiempo, y poco á poco se verán ustedes conducidos quizá á desear una crisis para salir de una posición insostenible, y esa crisis será la guerra. Así la naturaleza moral como la física, cuando llegan á este estado de agitación que precede á las tempestades, necesitan estallar para que se purifique el aire y se restablezca la calma. Estos son mis temores por su actual conducta de ustedes. Le repito, añadió Napoleón, nada quiero, nada pido sino la paz y relaciones seguras; pero si hacen ustedes preparativos, yo también los haré de manera que la superioridad de mis armas sea tan poco dudosa como en las campañas precedentes, y para conservar la paz empezaremos por la guerra.»

Al terminar este coloquio, colmó Napoleón á Mr. de Metternich de finezas y se condujo en todo como hombre que deseaba la paz sin temer la guerra; pero que estaba resuelto á no permanecer inactivo. No les quedó á Mr. de Metternich ni á los que le oyeron la menor duda acerca de sus verdaderas intenciones.

El día siguiente, 16 de agosto, se pasó dictando órdenes. Mr. de Champigny transmitió á Viena el diálogo que acababa de tener Napoleón con Mr. de Metternich, sacando conclusiones explícitas de toda aquella plática. Díjose al ministro austriaco en París, y se encargó al general Andreossy lo repitiese en Viena, que era menester suspender absolutamente los armamentos comenzados, de una manera inequívoca y satisfactoria, ó de lo contrario empezar inmediatamente la guerra. Además, para sondear mejor al Austria, exigió de ella Napoleón que reconociese al punto al rey José: medio era éste en verdad el más infalible para saber su modo de pensar, ó por lo menos lo que en aquella sazón quería; porque si contra todo lo que era de esperar de sus sentimientos y de su lenguaje reciente y explícito, se conseguía arrancarle dicho reconocimiento, ya era evidente que era incapaz de intentar y de atreverse á cosa alguna, y que, por cierto tiempo al menos, habría tranquilidad por su parte.

Mr. de Metternich, que desplegaba en París gran celo por la conservación de la paz, y que en todas sus conversaciones con los ministros del emperador y con el emperador mismo se mostraba pródigo de protestas pacíficas, apresuróse á responder que la Francia quedaría en breve plenamente satisfecha por lo tocante á los armamentos del Austria. Pero en cuanto al reconocimiento del rey José, tomando un tono menos afirmativo y una actitud menos desembarazada, declaró que por su parte no preveía resistencia formal en su gabinete, aun cuando no podía pronunciarse sin consultarle. Era evidente que este punto constituía la mayor de las dificultades de la situación presente, y que el conseguir del Austria una negación tal de sus verdaderos sentimientos y de sus más recientes propósitos, el imponerle una humillación semejante, iba á ser tan costoso como el despojarla de otras provincias más. De todos modos, si no estaba dispuesta á batirse, se conseguiría por lo menos ponerla en aprieto y obligarla á tener más circunspección.

En realidad Napoleón empezaba á creer que para reducirla definitivamente tendría que sostener con ella una nueva y última lucha; pero quería saber si antes le quedarían por lo menos seis meses de tiempo para hacer en España una campaña rápida y conducir allí cien mil

hombres de sus tropas veteranas, sin temor de perder su preponderancia allende el Rhin. Todas sus demostraciones, todas sus instancias para promover explicaciones, tenían este objeto.

Para darles un carácter todavía más formal, reclamó de todos los príncipes de la Confederación del Rhin el primer auxilio de hombres, débil en verdad, pero suficiente para suscitar en Alemania muchas quejas alarmantes y dar en qué pensar al Austria. Si por fin estallaba la guerra con ella, aquellos módicos auxilios se harían efectivos; de lo contrario pasarían en su actual estado á España á sostener la nueva guerra que Napoleón había suscitado, porque quería que los príncipes del Rhin se interesasen en todas sus contiendas y compartiesen todo el peso que se había echado encima la Francia: política buena en un sentido y mala en otro, porque si bien los comprometía de este modo á seguir su causa, en cambio los exponía al odio universal, que tarde ó temprano habían de promover aquellos reiterados alistamientos, así á la derecha como á la izquierda del Rhin, al Norte y al Mediodía de los Alpes y de los Pirineos.

El esmero con que había procurado Napoleón que el Austria se explicase, no era la única exigencia de aquellas circunstancias. Independientemente del número de tropas que hubiera de segregarse del grande ejército para la guerra de España, era preciso verificar un movimiento retrógrado en Polonia y en Alemania para aproximarse al Rhin. Ya una vez había alterado Napoleón la posición de sus tropas al tomar el partido definitivo de mover guerra á la España y las había trasladado del espacio comprendido entre el Prégel y el Vístula al territorio que media entre el Vístula y el Óder. El mariscal Sout, dejando los granaderos de Oudinot en Dantzic y la caballería pesada en el delta del Vístula, se había replegado con el cuarto cuerpo á la Pomerania, al Brandeburgo y al Hannóver. El mariscal Bernadotte había seguido ocupando las ciudades anseáticas con las divisiones de Boudet y Molitor, los españoles y los holandeses. El mariscal Davout con el tercer cuerpo, los sajones, los polacos y el resto de la caballería, se había replegado al ducado de Posen estableciendo su base en el Óder. El general Víctor, ascendido al grado de mariscal, había establecido sus cuarteles en Berlín con el primer cuerpo. El mariscal Mortier estaba acantonado en la Silesia con los cuerpos quinto y sexto.

Al prolongar la ocupación de la Prusia proponíase Napoleón obligarla á arreglar definitivamente la cuestión de las contribuciones de guerra, mantener una posición fuerte mientras se iban desarrollando las consecuencias de su alianza con la Rusia y de su contienda secreta con el Austria, y por último tener su ejército siempre en actividad, viviendo sobre el país enemigo, en parte al menos, puesto que con el tesoro extraordinario cubría algunos de sus gastos.

Era indispensable, sin embargo, poner término á una ocupación tan prolongada. En efecto, desde que había comenzado la guerra de España no era ya posible conservar un país de tanta extensión, y era forzoso abandonar algunas de sus provincias. Había que hacerlo irremisiblemente, no para complacer á la Rusia, con la cual toda armonía estribaba en una concesión en Oriente; no para agrandar á la Prusia, que agobiada por la carga que

tenía encima podía tratar con cualesquiera condiciones, reservándose para más adelante el no cumplirlas si no le era posible ó si la fortuna la favorecía; tampoco para dar gusto al Austria, con la cual ya no se tenían contemplaciones, sino solamente para reconcentrar las fuerzas y llevar parte de ellas hacia el Pirineo. La ocasión, no obstante, era propicia para sacar de este movimiento retrógrado, ya necesario, una solución ventajosa con la Prusia. También lo era para obtener algo que á la Rusia lisonjeara, porque después del arreglo de los negocios de Oriente lo que más deseaba el emperador Alejandro para verse libre, como él decía, «de las importunidades de los desgraciados que le echaban en cara sus infortunios,» era la evacuación de la Prusia y el señalamiento definitivo de las contribuciones de guerra que se exigían todavía á esta potencia.

Hacia varios meses que residía en París el príncipe Guillermo, hermano del rey de Prusia, enviado á obtener de Napoleón la reducción de los impuestos que sobre su país gravitaban, y el cual con su actitud digna y serena y con su gran prudencia había sabido conciliarse la estimación de todos, y la del emperador particularmente. Sin embargo, hasta entonces siempre había alegado en vano la imposibilidad en que se hallaba la Prusia de pagar las sumas que se le querían imponer, y en vano también ofrecido la sumisión más completa y absoluta de parte de la casa de Brandeburgo, garantida por un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Había escuchado impasible Napoleón sus razones y sus ofrecimientos, creyendo que la Prusia volvería contra él todos los medios que él no le quitase: antes de la batalla de Jena bien hubiera podido contar con ella, mas después se convenció de que sería siempre su enemiga implacable y de que la única política previsora era dejarla exhausta si no conseguía aniquilarla. Pero precisado ahora á hacer retroceder sus ejércitos, consintió por fin oír las proposiciones del príncipe Guillermo, y al cabo de algunas pláticas que parecían interminables, accedió á evacuar la Prusia por completo á excepción de las tres plazas del Óder (Glogau, Stettin y Custrin), que debía conservar hasta que se pagasen todas las contribuciones estipuladas; y concedió esta evacuación mediante una suma de ciento cuarenta millones de francos por las contribuciones ordinarias y extraordinarias, no satisfechas. Esta suma debía pagarse la mitad en dinero ó en letras de cambio aceptables, y la otra mitad en títulos sobre el patrimonio territorial de la corona de Prusia, de modo que todo quedase satisfecho en un plazo breve, las letras de cambio en el término de once ó doce meses, á razón de seis millones mensuales, y los títulos en año y medio á lo sumo. Debía empezarse la evacuación inmediatamente, y retirarse las tropas francesas á la Pomerania sueca, á las ciudades anseáticas, al Hannóver, á la Westfalia, á las provincias sajonas y franconas quitadas á la Prusia y que habían permanecido á disposición de la Francia; pero conservando á Stettin, Custrin, Glogau del Óder, Magdeburgo del Elba, y sus tropas en Hannóver, Sajonia y Franconia, Napoleón tenía siempre á la vista la Alemania y podría dominarla. Para mayor seguridad, hizo que en el convenio de evacuación se insertase un artículo secreto (hasta hoy desconocido) por el cual se obligaba la Prusia á mantener por espacio de diez años la fuerza efectiva de su ejército en los lí-



mites siguientes: diez regimientos de infantería comprensivos de veintidós mil hombres, ocho regimientos de caballería importantes ocho mil, un cuerpo de artillería y de ingenieros que tuviese seis mil, y por último la guardia real, que contaba otros seis mil: entre todos cuarenta y dos mil hombres. Además el rey de Prusia se comprometía á no formar milicias locales que pudiesen servir para disfrazar cualquier armamento. Por último, prometía hacer causa común con el imperio francés contra el Austria y suministrarle en caso de guerra con la misma potencia una división de diez y seis mil hombres de todas armas. La Prusia, si estallaba la guerra, y sólo para el año de 1809, debía limitarse por no haber reorganizado aún su ejército á prestar un contingente de doce mil hombres. Napoleón, que quería sólo contenerla, y no humillarla, consintió que quedase secreta esta parte tan poco gloriosa del tratado. He aquí todo lo que pudo conseguir el príncipe digno y prudente que defendía en París los intereses de su patria; porque Napoleón, aunque ya se hubiese causado por su propia mano la herida que había de acabar con su poder, era aún bastante formidable para la Europa y podía imponer leyes á todos sus enemigos.

Firmada que fué esta convención, escribió al rey y á la reina de Prusia dándose el parabién por el fin que habían tenido todas las diferencias ocurridas entre las dos cortes, y prometiéndoles para lo sucesivo las más amistosas relaciones, caso de que no volvieran á extrañar á la corte de Berlín pasiones hostiles. Por muy duro que este tratado fuese para la Prusia, mejor era que el estado presente, pues al fin iba á verse libre de tropas francesas, y si bien tenía atadas las manos para emprender armamentos, también era dudoso que hubiese podido mantener más ejército que el que le permitía el convenio.

Este arreglo, además de la ventaja que proporcionaba á Napoleón de aclarar sus relaciones con la Prusia y de ponerle en el caso de poder retirar sus tropas, tenía la de ser acepto á la Rusia, á la cual importunaban sobremanera las quejas continuas de los prusianos y que tenía mucho empeño en echárselos encima. Y el agradar á la Rusia había llegado á entrar de tal manera en las miras políticas de Napoleón que tenía casi más impaciencia por dejarla obligada que por explicarse con el Austria y terminar sus contestaciones con la Prusia.

En San Petersburgo seguían las cosas en el mismo estado. Dominado Alejandro por su pasión constante, la demostraba sin rebozo desde que había consentido Napoleón que se discutiese la repartición del imperio turco. La posesión de Constantinopla valía más á sus ojos que la de las mejores provincias de aquel imperio, porque en ella veía no sólo la gloria y el fausto sino también la utilidad. Pero el entregar esta llave de los estrechos era cabalmente lo que repugnaba á Napoleón más que todas las concesiones imaginables. Ya hemos visto que jamás lo había otorgado formalmente, y que si había permitido á su embajador Mr. de Caulaincourt expresar en su presencia semejantes deseos, había sido sólo enunciando la idea de obtener los Dardanelos cediendo el Bósforo á los rusos, lo que no podía convenir al gabinete de San Petersburgo. Sin embargo, Alejandro no desesperaba de vencer á Napo-

león: repetía continuamente que no ambicionaba territorio alguno al Sur de los Balkanes ni parte alguna en la Rumelia, exceptuando sólo el distrito de Constantinopla, dejando á quien se quisiese la posesión de Andrinópolis, y ya en su idioma familiar con el embajador de Francia llamaba *lengua de gato* á esa lengua de tierra, que era en cierto modo el puesto destinado al guardián de los estrechos. «¿Que tal, preguntaba muchas veces á Mr. de Caulaincourt, tiene usted noticias de su soberano? ¿Dice algo de la *lengua de gato*? ¿No está dispuesto á reconocer y consentir las necesidades de mi imperio lo mismo que yo reconozco y consiento las del suyo? Mr. de Caulaincourt siempre contestaba con evasivas, alegando las ocupaciones de Napoleón, lo largo de la distancia, su próximo regreso, después del cual ya podría mejor dejar los asuntos de Occidente para pensar en los de Oriente. Replicaba Alejandro diciendo que para acabar de una vez todas las diferencias era preciso celebrar otra entrevista; que era esto indispensable si había de mantenerse y fructificar la política de Tilsit, y que toda dilación era ya perjudicial. Sin embargo, esto le era tan difícil á él como á Napoleón, porque los asuntos de la Finlandia se habían torcido casi lo mismo que los de España. Sus tropas, después de haber repelido á los ejércitos suecos hasta Uleaborg y de haber hecho que se reuniesen al arrollarlos, se habían dividido ante el enemigo y habían sido repelidas á su vez y además batidas, merced á la incapacidad del general Buxhoevden, favorito de la corte y sostenido sólo por este favor contra el clamor unánime del ejército. Al propio tiempo una escuadra inglesa que bloqueaba á la escuadra rusa en el golfo de Finlandia, difundía el terror por todos los puntos del litoral. No podía, pues, el emperador Alejandro alejarse inmediatamente del teatro de la guerra; pero cerrada la navegación en septiembre y ausentes los ingleses por varios meses, recobraba Alejandro su libertad, y quería que se fijase lo más tarde para esa época la entrevista de la cual se prometía arreglarlo todo con Napoleón. Mr. de Caulaincourt contestaba á todas sus instancias del modo que mejor le parecía para que no perdiese la paciencia, y le prometía que las vistas se verificarían indefectiblemente en la época designada.

Entretanto aprovechaba Alejandro todas las circunstancias que le parecían favorables para hacer entrar á Napoleón en sus miras. Todas las medidas adoptadas contra la España, la invasión de su territorio por los ejércitos franceses, la ocupación de Madrid, la traslación violenta de la familia real á Bayona, la expoliación de sus derechos, la proclamación de José, todas le habían parecido naturales, legítimas, y como un complemento necesario de la política de Napoleón. «Su emperador de usted, dijo en una ocasión á Mr. de Caulaincourt, no puede sufrir el tener tan cerca á los Borbones. Admito sin reserva esa política consecuente. No abrigo celos, repetía continuamente, por sus engrandecimientos, mucho menos todavía siendo tan motivados como son los últimos; pero deseo que tampoco los tenga él por los incrementos que reclama mi imperio y que yo también puedo justificar.»

La sociedad de San Petersburgo, animada con los descalabros, más humillantes que peligrosos, sufrido, en la Finlandia, indignada ó afectando estarlo con los



MLLE. MARS



sucesos de Bayona y sirviéndole la suspensión de la navegación de plausible pretexto para sus quejas, volvía á expresarse en lenguaje poco decoroso acerca de la política de alianza con la Francia. Esta política en verdad no debía á la sazón grandes timbres ni á la moralidad ni á la buena suerte, porque el quitar la Finlandia á un pariente cuya natural extravagancia se había estado estimulando largo tiempo, y de cuya debilidad repugnaba abusar, era cosa tan indigna como lo que se estaba consumando en España y hasta se le asemejaba sobremañera. «No hay más remedio, dijo en cierta ocasión con toda franqueza el emperador Alejandro á Mr. de Caulaincourt, *que hacer de la necesidad virtud*, cerrar los ojos y pasar cuanto antes el trago.» Había evitado todo lo posible este príncipe sagaz y diestro hablar á Mr. de Caulaincourt de los reveses sufridos por nuestros ejércitos en España, y sólo lo había hecho cuando el callarse hubiera podido causar demasiado embarazo al mismo á quien quería librar de apuro; así que, cuando los jubilosos clamores del partido inglés de San Petersburgo divulgaron la derrota del general Dupont y exageraron nuestros reveses hasta el punto de suponer aniquilado todo el ejército que se había replegado al Ebro y prisionero al rey José, que tenía su corte en Vitoria, habló de estos sucesos á Mr. de Caulaincourt, no como si pública ó secretamente se holgase de los contratiempos que había padecido nuestro ejército tanto tiempo enemigo del suyo, sino por el contrario como muy pesaroso de tal accidente, como si en lo ocurrido no hubiese cosa alguna que no fuese sencilla, indiferente y de fácil explicación. «Su soberano de usted ha enviado á España bisoños, y éstos en escaso número; además no ha ido allá en persona, y se han cometido errores que él reparará en breve. Con unos cuantos regimientos veteranos como los que tiene, y con uno de sus buenos generales, ó con presentarse personalmente allí unos cuantos días, pronto volverá á poner al rey José en Madrid y hará triunfar la política de Tilsit. Por mi parte permaneceré invariable, y me dirigiré al Austria con un lenguaje que le haga pensar seriamente en su conducta imprudente. Yo probaré á su soberano de usted que soy tan leal en la adversa como en la próspera fortuna. La desgracia que ha sufrido es de muy poca monta, pero sea como quiera le ofrece una ocasión para ponerme á prueba. Repítale usted no obstante que conviene nos veamos, y lo más pronto posible, para ponernos de acuerdo y dominar la Europa entera.» Cumplió Alejandro su palabra, impuso silencio á la maledicencia, á la indignación y al miedo, hizo enmudecer á la legación austriaca, y tal reserva obligó á guardar al partido de su madre, que entre aquellos cortesanos se hablaba de nuestros reveses en España con la misma discreción como si se tratara de los descalabros de los ejércitos rusos en la Finlandia.

Tal era el aspecto que presentaba la corte de San Petersburgo bajo la influencia de los sucesos de España. Informado exactamente de cuanto en ella ocurría por los despachos de Mr. Caulaincourt, que le transmitía al pie de la letra por preguntas y respuestas los diálogos que tenía diariamente con el emperador Alejandro, se decidió por fin Napoleón á otorgar la entrevista solicitada. Esta fué la principal determinación que le inspiró su nueva posición. Juzgó llegado ya el tiempo de reali-

zar si no todos los deseos del emperador Alejandro, lo cual no podía verificarse sin comprometer la seguridad de la Europa, al menos parte de ellos; que por consiguiente le convenía volverle á ver, seducirle nuevamente, concederle alguna cosa de importancia, como por ejemplo las provincias del Danubio, y por lo demás, ó desengañarle ó darle nuevas esperanzas y contentarle en suma: lo cual era hacedero, puesto que la Valaquia y la Moldavia, entregadas real é inmediatamente, bien podían dejar satisfecha la más desapoderada ambición. Una entrevista, además de la ventaja de entenderse directamente con el joven emperador en circunstancias tan graves, de asegurarse de sus más íntimos proyectos y de granjearsele por medio de cualquiera concesión importante; una entrevista pública celebrada á la faz de la Europa tenía que ser un espectáculo grandioso que dejaría honda huella en los ánimos y serviría de irrefragable testimonio de una alianza que era necesario hacer no solamente sólida y positiva, sino también aparente para tener á raya á todos los enemigos del imperio.

Mientras Napoleón estrechaba al Austria con sus preguntas y concedía á la Prusia la evacuación de su territorio, despachaba un correo á Mr. Caulaincourt autorizándole á prometer una solemne entrevista al emperador Alejandro. Había éste insinuado como época oportuna para celebrarla los últimos días de septiembre por causa de la suspensión de la navegación, que tenía lugar entonces, y la aceptó Napoleón por convenir á sus miras.

Alejandro prefería al parecer que las vistas se verificasen en Weimar, por causa de su hermano, ó en Erfurt, por la mayor libertad que allí se gozaría, y Napoleón, eligió á Erfurt como uno de los territorios que le quedaban después de la desmembración de la Alemania y del que aún no había dispuesto en favor de ningún soberano de la Confederación. Determinadas que fueron de un modo general la época y el lugar de las visitas y dejando al arbitrio del emperador Alejandro el fijar definitivamente los días y las horas, dió sus órdenes para que aquéllas se celebrasen con toda la magnificencia correspondiente.

Había aún en el Rhin destacamentos de la guardia imperial, y envió Napoleón á Erfurt uno de sus más arrogantes batallones de granaderos. Mandó escoger un hermoso regimiento de infantería ligera, un regimiento de húsares y otro de coraceros entre los que regresaban de Alemania y enviarlos asimismo á Erfurt para que hiciesen la guardia de honor á los soberanos que iban á las vistas. Despachó oficiales de su palacio con los objetos más selectos del mueblaje de la corona para adornar con elegancia y suntuosidad las principales casas de la ciudad, acomodándolas á las necesidades de los emperadores, reyes, príncipes, ministros, generales y demás personajes que en ellas iban á hospedarse. Quiso que las letras francesas contribuyeran á realzar el esplendor de aquella egregia reunión, y encargó á la dirección de teatros que enviase á Erfurt los principales actores de la Francia, Talma el primero, para que representasen el *Cinna*, la *Andrómaca*, el *Mahometo* y el *Edipo*. Excluyó las comedias á pesar del justo aprecio que sabía hacer de las inmortales obras de Moliere, por creer que no las comprenderían en Alemania. «Es preciso, decía, que contemplen los alemanes la belleza y